

rian, como se acabaria el poder de la Francia, si no nos deteníamos bien pronto en esa carrera de empresas exorbitantes.

Mantenidos los presupuestos rigorosamente en los límites prefijados, lo cual era fácil, puesto que el único excedente posible, hijo del estado de la guerra, se cubria por medio de anticipos del tesoro del ejército, tendian á la nivelacion de gastos é ingresos. Los presupuestos anteriores á 1806, solventados por medio de bonos de la caja de amortizacion (los cuales no eran, como se recordará, sino una enagenacion lenta de bienes nacionales), caminaban á liquidacion definitiva. Los de 1806 y 1807, fijados en 730.000,000 para los gastos generales, y en 40 para los gastos departamentales ó provinciales, lo cual formaba, con los 120 á que ascendia el coste de recaudacion, un total de 890 á 900.000,000, no inspiraban inquietud alguna tocante á su realizacion, sobre todo, si se continuaba pagando con las contribuciones de Prusia los ejércitos allende el Rhin. No sucedia lo mismo con el presupuesto de 1808, fijado, como los demas, en 730.000,000 de gastos generales, y 40 de gastos especiales, pagándose por, supuesto, hasta 31 de diciembre el ejército del Rhin con las contribuciones de guerra. Pero si el equilibrio entre las necesidades y los recursos no se rompía con la subida de gastos, iba á serlo por un movimiento retrógrado en los ingresos, desconocido hasta entonces bajo el reinado de Napoleon, y que no se hacia sentir en las contribuciones indirectas ni en los encamientos, lo cual revelaria disminucion en la prosperidad interior, sino en las aduanas y las ventas de bienes nacionales. Los decretos de Milan

habian reducido la importacion de géneros exóticos, y habia fundados temores de que este ramo de las rentas públicas disminuyera en 25.000,000. Los plazos que debian y no habian satisfecho los compradores de bienes nacionales, y la notable paralización que se notaba en las ventas de estos bienes, habian privado tambien al tesoro de unos 15.000,000. Añadiendo á esto el esceso que se esperaba y no se obtuvo en el presupuesto de 1807, el cual, sin embargo, figuraba en los ingresos fijados para 1808, por 3 ó 4.000,000 y unos cuantos por correos, pólvora y sal, asi como por los ingresos esteriore de Italia, ascendia el total deficit del año de 1808 á 47 ó 48.000,000.

Esto no era sino parte de la dificultad, pues los presupuestos anteriores de 1807, 1806 y 1805 podian ser considerados como equilibrados, siempre que se contara como valores efectivos, valores, buenos sin duda, pero de remota realizacion, como por ejemplo, el débito de los comerciantes reunidos, que era todavia de 18 ó 19.000.000, el empréstito para España, que se habia fijado en 25.000,000 y no habia pasado de 7 ú 8 el dinero que habia amontonado en Bayona, como medida provisional pero que iba haciéndose tan permanente como la guerra allende los Pirineos, y en fin, los adelantos para las tropas rusas y napolitanas, que ascendian á 2 ó 3.000,000 y no se habian reembolsado. El cómputo de estas sumas formaba un total de atrasos de unos 40.000,000, que unidos á los 47 ó 48 que resultaban de menos en los presupuestos de 1808, constituian un *deficit* general de cerca de 90.000,000. Debemos advertir, que para que las tropas pudieran ponerse en estado de eje-

cutar sus preparativos de guerra, habia sido preciso pagar mas pronto que de costumbre las cantidades que se resultaba en deber sobre 1808, lo cual originaba que este presupuesto tuviese contra sí atrasos en los ingresos y adelanto en los gastos, lo cual aumentaba en un doble la dificultad de momento.

Los apuros, por lo demás, nada tenían de graves respecto á lo presente, porque la caja de servicio y la del ejército bastaban perfectamente á subvenir á los gastos. Nuestros lectores se acordarán sin duda de la creacion de la caja de servicio ideada por Mr. Mollien, y del principio en que se fundaba. En vez de encargar, ó al banco, ó á una compañía de hacendistas, que tomasen á descuento las obligaciones de los recaudadores generales, instituyó el tesoro una caja en la que tenían estos que poner los fondos luego de recibidos, y conforme á los reglamentos hasta lo que no debían aun (1). Por ello se les pagaba un interés hasta el

(1) Esto les parecerá oscuro á los lectores que no recuerden lo que se ha dicho en los tomos anteriores, ó que carezcan de conocimientos rentísticos, y se preguntarán, cómo es que pueden los recaudadores tener obligación de poner en caja fondos que no deben todavía. Hé aquí la esplicacion de esto, que parece una singularidad. Las contribuciones directas, que constituyen en Francia el principal ramo de las rentas públicas, se cobran por meses, es decir, por dozavas partes. Ahora bien, ciertos contribuyentes pagan por semestres, y aun por años adelantados, mientras que otros se atrasan. Los recaudadores públicos forman un balance entre los atrasos y los adelantos, y además, se les interesa en que sean exactos en la entrega de caudales, dándoles dos ó tres meses de plazo,

día que debieran por obligación hacer la entrega de caudales, consistiendo el reembolso en obligaciones vencidas. Con esta operacion no habia que dar á descuento las obligaciones; pero no obstante, como todos los años no se recaudaban 125.000,000 sino en los cuatro ó cinco primeros meses del año siguiente, no se hubiera podido evitar el descuento en parte, si Napoleon no hubiese prestado al tesoro en nombre de la caja del ejército 84.000,000 que habia en ella. De esta suerte la caja, con los adelantos que obtenia de los recaudadores generales, y los 84.000,000 que se le habia prestado, habia podido abstenerse de dar á descuento los 125.000,000 de obligaciones, cuyo vencimiento era el año siguiente, y conservadas estas en cartera, dejaron de figurar en la plaza. No teniendo ya los capitalistas el recurso de estas obligaciones para emplear sus capitales, iban á tomar los billetes de la caja de servicio, y así estos reemplazaban las obligaciones con mucha mas ventaja para el tesoro, mas orden, y sobre todo el beneficio de haber traído á los que tomaban á descuento á hacer las entregas del impuesto apenas le recibían. Gracias á esto, aquella caja habia llegado á proporcionarse recursos considerables, y no se veía apurada por tener que hacer frente á un *deficit* de 50 y aun de 100.000,000. Si lo hubiese, por ejemplo, de 40.000,000 de atrasos, correspondientes á los presupuestos anterior-

que se llaman *bonificaciones*, lo cual les constituye en el goce de intereses. Así es como se explica porque podían poner en caja fondos que aun no debían. Estos fondos son los que tuvieron que entregar en las cajas, mediante el pago de interés hasta el día que les debiesen realmente.

res, la caja podría suplirlos, mediante un interés mientras durase este anticipo. Si había en el presupuesto de 1808 de 48 á 50,000,000 de *deficit*, podía también cubrirlo, siempre que no se tardase en crear un valor correspondiente; y con efecto, no dejó de hacerlo Napoleon, mandando buscar, ya en las fincas de Francia pertenecientes al Estado, ya en las de Piamonte y Toscana, bienes por valor de 50.000,000, cuya enagenacion, confiada á la caja de amortizacion, y ejecutada con lentitud, debía cubrir la suma en que los presupuestos de 1808 no correspondian á los cálculos formados. Así es como la caja de servicio proporcionaba recursos inmediatos, y los bienes nacionales de Francia é Italia recursos definitivos para llenar el *deficit* del presupuesto de 1808.

Para 1809 se propuso igual cantidad que para 1808 y 1807, es decir 730.000,000 de gastos generales y 40 de gastos departamentales, ó, lo que es lo mismo, 890 con el coste de recaudacion; pero tanto en 1807 como en 1808 habia pagado el tesoro del ejército las tropas de allende el Rhin, y menester era que sucediese lo mismo en 1809. Ya hemos dicho estaban solventados hasta 31 de diciembre de 1808 todos los gastos de nuestros ejércitos de Alemania; quedaba además en el tesoro del ejército cerca de 300.000,000, 20 de los cuales provenian de la guerra con Austria, y 280 de la de Prusia. Despues redujo Napoleon en 20.000,000 la contribucion de esta última potencia, á petición del emperador Alejandro; pero diferentes rectificaciones que se hicieron en otros productos los aumentaron, y el total activo del tesoro del ejército subia definitivamente en enero de 1809 á

292.000,000, de ellos 84 prestados al tesoro público y representados en igual suma de papel de la renta, 40.000,000 en excelentes bienes inmuebles que provenian de la liquidacion de la compañía de negociantes, 24 en especies ó en recaudacion, 64 que vencian el año de 1809, 106 en los años de 1810 y 1811, y 3 ó 4 que Napoleon habia dado á préstamo á diferentes personas á quienes queria socorrer. Eran, pues, valores, ó bien colocados, ó líquidos, ó de inmediato cobro. Los 24.000,000 en especies ó en recaudacion, unidos á los 64 que vencian en 1809, constituian un recurso inmediato de 88.000,000, acerca del cual habia ya tomado Napoleon ciertas disposiciones. Acababa de dar 4.000,000 de gratificacion á ciertos cuerpos, habia pagado 1.000,000 á las poblaciones que habian agasajado al ejército, y prestado 800,000 francos á la ciudad de Burdeos, 2.500,000 á los dueños de viñas en la Gironda, 8 á la municipalidad de Paris, y uno á la universidad. Habia además consagrado 4.000,000 á secundar las expediciones marítimas, 10.000,000 á la adquisicion del canal del Mediodia, 42.000,000 á recoger papel para sostener la renta, y en fin unos cuantos centenares de miles de francos á la creacion de bolsas particulares en los liceos ó colegios. La mayor parte de esta inversion no podia ser mejor, porque al mismo tiempo que se hacia un servicio á los establecimientos públicos ó al crédito del tesoro, se dotaba á los individuos del ejército que Napoleon queria recompensar. Reducia no obstante en unos 50.000,000 los recursos del año, es verdad que no se necesitaba más para las necesidades inmediatas de la guerra. De continuar pagando con los fondos del

tesoro del ejército las tropas que se hallaban en Alemania, hubiera necesitado Napoleón, para que no resultara *deficit* en el presupuesto de 1809, que bastante tenía con pagar los ejércitos de España é Italia, 77.000,000 para el año, 22 de los cuales había que separarlos de los vastos almacenes que nos habían quedado, y 55 de los valores en dinero; pero Napoleón se contentó con tomar lo necesario para la manutención del ejército del Rin durante tres meses, lo cual exigía cerca de 20.000,000. Limitóse pues á sacar inmediatamente del tesoro del ejército estos 20.000,000, que con las sumas anticipadas á los cuerpos sobre el presupuesto ordinario debían ponerlos en situación desahogada. Napoleón pensaba que en los primeros meses de 1809 estarían ya sus tropas en territorio enemigo, donde vivirían ricamente, y que la victoria volvería á abrir el manantial de las contribuciones de guerra, indemnizando ámpliamente al tesoro del ejército de los sacrificios que se veía obligado á imponerle. De los 12.000,000 de papel de la renta (en capital, por supuesto) recién comprados, distribuyó al instante 7.000,000 entre sus generales, queriendo proporcionarles algunas satisfacciones antes de llevarlos otra vez á la muerte.

Por manera que, según acabamos de decir, el presupuesto de 1808 iba á encontrar en la venta de bienes nacionales lo que le faltaba por haber disminuido las rentas; el de 1809 iba, como los anteriores, á libertarse, merced al tesoro del ejército, de la carga que era tener que subvenir á los gastos de los tropas de Alemania; y en cuanto á las atenciones corrientes, hasta que se realizaran los valores creados, la caja de servicio, que tenía un gran cré-

dito, y la del ejército, en la que continuamente estaban entrando los productos de las contribuciones de guerra, iban á proveer á ellas inmediatamente. Empero si todavía no se hacían sentir los apuros, entreviase ya que los recursos se acabarían, y era tiempo de detenerse, si no se quería la ruina de la hacienda lo mismo que la del ejército. Napoleón mismo lo conocía así, porque mientras que suspendía el empréstito consentido para con España, y no daba á su hermano otros recursos que el producto de las lanas tomadas en Castilla y algunos centenares de miles de francos en plata acuñada, interrumpió las compras de papel que se habían venido haciendo desde agosto hasta diciembre de 1808, con intención de sostener la renta. Se habían comprado 46.000,000, 10 de ellos por cuenta del Banco, 11 por la de la caja de servicio, y 25 por la de amortización (esta obraba tanto por su cuenta como por la del ejército). Prescindiendo de estas sumas, el Banco había adquirido ya 16 por sí propio, lo que hacía subir á 62.000,000 las compras de aquel año, cantidad enorme, si se la compara con la masa de rentas inscriptas en el gran libro, que era en 1809 de 52.000,000, su capital 900.000,000. Había sido preciso hacer este esfuerzo para sostener contra el mal efecto de los sucesos de España la renta al 80, tipo á que Napoleón llamaba normal bajo su reinado; confesion penosa, porque despues de lo de Tilsit y antes de lo de Bayona, este tipo era de 94. En enero de 1809, como los acontecimientos de Austria diesen un nuevo golpe al crédito, y volviera á presentarse con fuerza la tendencia á la baja, Napoleón no quiso minorar los recursos de que podía disponer para contener un

descrédito que no debía ya imputarse á la guerra de España, sino á la de Austria. El mal efecto, segun decia, debía recaer sobre unas potencias perjuras que, vencidas, le prometian la paz y principiaban otra vez la guerra apenas se reponian de su derrota. En esto se engañaba, porque todos achacaban la guerra de Austria á la de España, y él iba á ser responsable del descrédito actual que no queria combatir, así como del anterior que habia sabido contener á fuerza de dinero. Su mejor justificacion á mayor abundamiento estribaba en la victoria, y, efectivamente, nada perdonaba para que fuese segura, por que, segun se acaba de ver, los conscriptos llegaban en abundancia á los depósitos, se organizaban los nuevos cuadros, y los principales ejércitos avanzaban hácia el Alto Palatinado, Baviera y el Frioul, para obligar al Austria á que reflexionara lo que iba á hacer, ó para batirla completamente si de las amenazas se pasaba á las obras.

Desgraciadamente estaba ya aquella potencia muy metida en el paso para que retrocediese, porque nunca habia podido consolarse de haber perdido en quince años (desde 1792 hasta 1806) los Países Bajos, las posesiones imperiales de Suabia, el Milanesado, los Estados Venecianos, el Tirol, la Dalmacia, en fin, la corona imperial. Tal vez si el mundo hubiese sentado de un modo fijo, permanente, como en 1713 despues del tratado de Utrech, ó como en 1815 despues del tratado de Viena, se hubiera sometido á la ley de la necesidad ante la inmovilidad general; pero como Napoleon esponia diariamente á nuevos azares la suerte de la Europa y la suya, no podia menos que estreme-

cerse aquella córte á cada coyuntura que se ofrecia, y por mas oligárquica que fuese, por poco que se comunicase con sus pueblos, no sentia una emociion de que no participase la nacion austriaca, porque sea cual fuere la forma de sus instituciones, ninguna nacion se muestra indiferente á la suerte de su gobierno; sin que sea necesario que posean instituciones liberales para tener orgullo y ambicion. Así, cuando Napoleon pasó por el riñon de la Prusia para lanzarse en Polonia, dejando tras sí una mitad del continente, Austria pensó en aprovecharse de la ocasion para acometerle por la espalda; pero esta resolucion era tan grave, que daba tanto que hacer antes de haber reconstituido los ejércitos austriacos, habia obrado Napoleon con tal celeridad, que la ocasion apenas vislumbrada se desvaneció al instante, y se sintió por ello en Viena un despecho, casi una desesperacion que se conocia así en los actos como en el lenguaje. Esta primera ocasion, que fué á mostrar la fortuna y que perdió la prudencia con sus vacilaciones, produjo una irritacion universal contra los hombres prudentes que hacian frustrar todas las oasiones que de obrar se presentaban, segun decian, habiendo sido preciso entonces que Napoleon devolviese Braunau al Austria para que se calmase un instante. Calmóse en efecto durante algunos meses, desde fines de 1807 hasta principios de 1808, al ver que Napoleon llevaba á otra parte su incansable actividad, que se le unia la Rusia, y que Inglaterra daba motivo de queja á toda la Europa con la bárbara espedicion de Copenhague: hasta dió á entender á esta última potencia que era preciso mantenerse tranquilos á lo menos por algun tiempo;

pero duró poco semejante resignacion. El atentado cometido contra la corona de España despertó sus pasiones, se indignó verdaderamente, y lo demostraba con tanto mas gusto cuanto que Napoleon aparecia por la vez primera ruboroso de su conducta. La repentina vuelta de este en agosto último despues de los sucesos de Bayona, la acritud con que habló á Mr. de Metterach, y la intimidad que en Erfurt trabó con el emperador de Rusia, contuvieron, mas no calmaron al Austria, quien al contrario se resintió del misterio que con ella se guardaba, aumentándose su despecho é inquietud. Sin saberlo, adivinó que Napoleon habia tenido que sacrificar en Erfurt las provincias del Danubio para pagar la alianza rusa, y esto no podia contribuir á tranquilizarla. Por último, la campaña que acababa de hacer en España Napoleon encendió mas bien que enfrió su ardor. No hay duda que habia derrotado á los ejércitos españoles, lo cual no era un milagro, habiendo como habia opuesto á paisanos sin disciplina sus mejores ejércitos; pero estos paisanos estaban dispersos mas bien que vencidos, y de ningun modo los habia sometido. En cuanto á los ingleses, Napoleon los habia obligado á embarcarse sin destruirlos; y si la capitulacion de Bailen habia perjudicado en gran manera al prestigio de la Francia, la débil persecucion de los ingleses por parte del mariscal Soult no le perjudicaba mucho menos en aquel momento. Se elogiaba á los ingleses con estremada exageracion, y se repetia en Viena con tanta satisfacion como hubiera podido suceder en Lóndres, que al fin habian hallado los franceses en el continente un ejército capaz de hacerles frente. A estas razones que em-

pleaban en Viena para animarse, se agregaban otras de igual influencia, cual era el espíritu general de Alemania exasperada contra los franceses, que no contentos con haberla batido y humillado tantas veces, la ocupaban y devoraban hacia ya demasiado tiempo. Es seguro que la presencia de nuestras tropas en los países vencidos, unida á los amargos recuerdos de los últimos años, causaba un sentimiento de irritacion extraordinario. La accion odiosa de Bayona y las dificultades que tocábamos en España, al mismo tiempo que habian escitado indignacion, asi en Alemania como en Austria, habian vuelto la esperanza. Y no solo aborrecian sino despreciaban una perfidia que no habia conseguido sus fines, y decian era preciso tomase Europa la venganza. La Prusia, privada de su rey, quien desde lo de Jena vivia en la oscuridad en Koenigsberg, no atreviéndose á dejarse ver de sus súbditos, á los cuales nada tenia que anunciar sino la necesidad de pagar todavía 120.000,000 de contribuciones, la Prusia, decimos, estaba próxima á insurreccionarse en masa, desde el paisano hasta el alto aristócrata, desde Koenigsberg hasta Magdeburgo. La retirada de los franceses, que se miraba, no como el fiel cumplimiento de un tratado, sino como una consecuencia de sus reveses en España, les valia desprecios tan injustos como imprudentes. Los últimos destacamentos de nuestras tropas que salieron de las plazas del Oder escoltando los almacenes de víveres y municiones que se reunian en Magdeburgo, fueron insultados en todas partes, y no pudieron atravesar las aldeas sin que les arrojasen lodo y piedras. Los franceses apenas se atrevian á presentarse en público en

Berlin, mientras que un gefe de bandas sueltas, el mayor Schill, que en 1807 nos habia incomodado por medio de algunos merodeos en el sitio de Dantzig, era recibido y festejado con trasportes de júbilo, como si un gefe por el estilo pudiese arrebatar á Napoleon la Alemania.

No se encontraban en mejor disposicion los países aliados de Francia. En Sajonia, aunque habiamos devuelto á la casa reinante la Polonia y un titulo de rey, se decia que por interés personal hacia traicion el monarca á la causa de la Alemania, y abrumaba á sus súbditos de impuestos y quintas, porque la conscripcion era ya una llaga europea que en todas partes se imputaba á Napoleon. En Wesfalia, donde habia reemplazado á la antigua casa de Hesse un principe jóven de la familia de Bonaparte, quien por su brillante lujo, mucho mas que por su prudencia en el mando, formaba un contraste singular con aquella casa avara en todos tiempos, nos tenian sumo rencor. En Baviera, en Wurtemberg, en el país de Baden, donde los principes habian adquirido títulos y territorios, y cuyo engrandecimiento pagaban los pueblos con alojamientos de tropas, quintas y contribuciones, se quejaban en alta voz de unos soberanos que sacrificaban el país á su interés personal. En todos estos pueblos el sentimiento de la independencia nacional despertaba el sentimiento de la libertad, y se hablaba de emanciparse de unos principes que no sabian sacudir el yugo de Napoleon. Aun iban mas lejos, pues habia ya hombres de imaginacion ardiente que formaban sociedades secretas para libertar á la Europa de su opresor, y á las naciones de sus gobiernos absolutos. Empezaba

tambien á presentarse un fenómeno aterrador: inflamados ciertos espíritus en la llama general, alimentaban en secreto, como se verá bien pronto, el espantoso pensamiento de asesinar á Napoleon, á quien la admiracion y el odio del mundo pintaban como el único promovedor de los sucesos del siglo.

En Tirol, donde subsistia de antiguo un cariño hereditario á la causa de Austria, sufrían con impaciencia el yugo de Baviera, impaciencia que mostraban con osadía, reuniéndose en casa de los posaderos, principales personajes de aquellas montañas como sucede en las de Suiza, y preparando una insurreccion general para el dia que principiaran las hostilidades. Un sin número de emisarios, sin ocultarse de las autoridades bávaras, sobrado débiles para hacerse respetar, iban todos los dias á Viena á anunciar estas disposiciones. Es verdad que todo aquello no era otra cosa que arrojado en los pueblos alemanes, pues faltábales aun que sufrir mucho, asi como á los franceses que experimentar muchos descalabros, antes que se atrevieran á insurreccionarse contra el que pasaba por un Atila; pero si Austria enarbolaba su estandarte y conseguia desde luego algun triunfo, no hay duda que la insurreccion podia no tardar en ser general en Alemania, y que hasta nuestros aliados nos abandonarían escandalosamente.

Estos hechos trasmitidos á Viena y exagerados como era natural, llevaron allí á su colmo la exaltacion, habiendo quien decia habia llegado el tiempo de obrar y de no dejar pasar las ocasiones como se hizo en 1807; que si no se aprovechaba la circunstancia de la insurreccion española, no volveria á presentarse; que aquellos momentos eran tanto

mas favorables cuanto que Napoleon no tenia sino ochenta mil hombres de tropas en Alemania (lo cual era inexactísimo), diseminados desde el Báltico hasta el Alto Danubio; que hasta Italia habia quedado desprovista por la Cataluña; que la conscripción se hacia con la mayor dificultad; y que el tirano de la Europa lo era tambien de la Francia, puesto que se veia obligado para contener á sus conciudadanos, súbditos al principio y luego esclavos, á castigar hasta á sus mejores servidores (en esto se aludia á Mrs. de Talleyrand y Fouché que se decia habian caído de su gracia). Añadian que Napoleon no podria reemplazar las tropas enviadas allende los Pirineos; que se le cogeria de improviso; que á la primera señal se separarian de él los estados alemanes sus aliados; que los estados alemanes enemigos suyos se sublevarian con entusiasmo; que Prusia pondria en movimiento toda su gente sin esceptuar un solo hombre; que el emperador Alejandro, comprometido en una política que condenaba la nacion rusa, abandonaria al primer descalabro una alianza que adoptó porque era poderosa, no porque le gustase; que, en una palabra, solo se necesitaba dar la señal; que dada esta señal, el mundo todo se levantaria, y que de este modo iban á ser los autores de la salvacion universal.

A estas razones muy plausibles se añadian para escitarse razones de mucho menos peso, pues sostenian que no solo era preciso obrar cuanto antes para levantarse de su postracion, sino para salvarse, porque estaba resuelta la ruina de la casa de Habsburgo, despues de la de Borbon. Decian que el emperador de los franceses queria renovar todas

las dinastías, y colocar en los tronos de Europa dinastías creadas por él, y citaban, insistiendo en ello singularmente, las palabras que Napoleon dirigió á los españoles al pie de las murallas de Madrid, cuando usó de cierta afectacion en hacerles esperar la vuelta de su hermano José. «Si no lo queréis por rey, les dijo, no trato de imponéroslo, por que tengo otro trono que darle; y en cuanto á vosotros, os trataré como á pais conquistado.» Estas palabras eran hijas de las circunstancias y tendian á causar un efecto momentáneo; y si es que Napoleon pensaba verdaderamente en otro trono que el de España al decir esto, pensaba cuando mas en el trono de Nápoles que José le habia pedido con ahinco, y de que Murat, enfermo entonces, no habia tomado aun posesion. Empero, de creer á la alta sociedad de Viena, aquel otro trono no era sino el de Austria. Era preciso pues, ó perecer vergonzosamente sometiéndose, ó sucumbir gloriosamente resistiendo, con probabilidad á lo menos de salvarse. No habia, segun aseguraban, mas alternativa que esta, y era preciso tomar un partido, pero tomarlo cuanto antes. Viena, en fin, ofrecia en 1809 la imágen de Berlin en 1806.

A este impulso hijo de los resentimientos que habian ido acumulándose, se agregaba otro que nacia de los mismos armamentos, llevados á tal estremo desde 1808, que era absolutamente preciso, ó valerse de ellos, ó renunciar á su uso. Despues de sus reveses militares, Austria habia pensado como es natural, en averiguar la causa y poner remedio. En su consecuencia confió el ministerio de la Guerra al archiduque Carlos, encargándole reorganizar el ejército de tal suerte, que á la primera ocasion



favorable pudiera otra vez darse principio á la lucha contra Francia con probabilidades de buen éxito. Este príncipe, dedicandose concienzudamente á desempeñar su tarea, aumentó desde luego los cuadros, completando los terceros batallones de cada regimiento de tal manera que llegasen á ser aptos para convertirse en batallones de guerra. En seguida ideó la *landwehr*, una especie de milicia imitada de nuestros guardias nacionales, que se componia de la nobleza y el pueblo, una de las cuales servía de cuadro á la otra, y á la que se convocaba en ciertos puntos determinados para formar allí cuerpos de reserva. Instruíase á esta milicia con mucha actividad, y todos los domingos jóvenes de todas clases y condiciones, con su uniforme correspondiente, con sus bigotes, y dándose el aire militar que Napoleon infundia en toda la Europa, maniobraban en las poblaciones de Austria, dirigidos por nobles retirados del servicio hacia mucho tiempo por su edad, pero dispuestos á volver á servir á una dinastía á que eran adictos. Los extranjeros que hubiesen conocido al Austria, tan tranquila, tan descontenta de la guerra, no la hubieran conocido ya al verla tan agitada, tan belicosa. Acababa de estar reunida la dieta de Hungría, y el gobierno le habia pedido lo que se llamaba la *insurreccion*, especie de leva en masa, compuesta mas que todo de caballería, é independiente de los regimientos regulares que se reclutan con soldados húngaros. La dieta habia votado esta insurreccion, y ademas fondos extraordinarios para los gastos; de modo que no se tomaban el trabajo de disimular sus preparativos, y aun los aceleraban, como para una guerra que debiera estallar en la primavera,

es decir dentro de dos ó tres meses. Contaban con cerca de trescientos mil hombres de tropas activas, en cuya organizacion habia invertido tres años el archiduque Carlos, con doscientos mil hombres de tropas de reserva, comprendiendo lo mejor que bajo el aspecto militar contenia la *landwehr*, y, en fin, con una fuerza que era imposible valuar, la de la *insurreccion* húngara. Habian ya empezado á reunir los regimientos en Carintia, en la Austria Alta y en Bohemia, para proceder á la formacion de los cuerpos de ejército; preparaban la artillería, y la ya arreglada la conducian á la luz del sol por medio de las calles de Viena, precedida ó seguida de regimientos de infantería, al compás de las aclamaciones del vecindario de aquella capital; y hacian obras de consideracion en tres plazas que debian entrar en el plan de operaciones. Estas plazas eran la de Enns, situada en la confluencia del Danubio y el Ens, con un puente en Mauthausen, para cubrir á Viena contra una invasion por la parte de Baviera; la de Bruch sobre el Muhr, para protegerla por aquella parte si la invasion venia de Italia; y en fin la de Comorn, para preparar una gran plaza de depósito en caso de tener que retirarse á Hungría, indicando con esto que se queria llevar la guerra á sangre y fuego, y no mirar la lucha como terminada una vez perdida Viena, cuya ciudad, por otra parte, armaban públicamente, colocando cañones en las murallas.

El lenguaje adoptado para esplicarse á sí propios y esplicar á los demas semejante conducta en plena paz, es que la destruccion de la casa de España presagiaba una próxima tentativa contra la de Austria; que debian, pues, estar preparados para

el mes de marzo ó de abril; que infaliblemente iban á ser atacados, y con semejante certeza, era preciso no dejarse coger desprevenidos, sino adelantarse á un enemigo pérfido; y que importaba poco saber quien dispararía el primer cañonazo, porque el verdadero agresor sería á los ojos de los hombres de bien el autor del atentado de Bayona. La mayor parte del pueblo creía estos discursos con entera buena fé: la corte creía poco ó nada, aunque se había alarmado seriamente con el destronamiento de los Borbones; pero estaba sobre todo exasperada con sus reveses, y despues de haber dejado pasar la ocasion de la guerra de Polonia, temia sucediese lo mismo con la de la guerra de España. Toda la nobleza era de este parecer, movida á un mismo tiempo por justos sentimientos nacionales y por las malas pasiones de la aristocracia alemana; además de que los muchos emisarios de la Inglaterra que entraban en Viena officiosamente, la escitaban á cual mas podia. No se mostraban menos entusiasmados los archiduques en aquella especie de cruzada, escepto, no obstante el principal y mas responsable entre ellos, el archiduque Carlos, que destinado á mandar en gefe, se estremecía, no con la idea de las balas, porque no había militar mas valiente que él, sino con la de tener que habérselas otra vez frente á frente con el vencedor del Tagliamento, jugando la suerte de la monarquía austriaca. Segun tenia por costumbre, preparaba la guerra sin desealarla, con cuyo motivo, para picar su valor, le daban un nombre tomado de los sucesos de España, el de *Príncipe de la Paz*. El emperador Francisco, sensato siempre pero poco enérgico, se abandonaba á lo mismo que

criticaba, contentándose con arrojar algunos dardos satíricos contra las faltas que dejaba que cometieran, sobre todo, cuando estas faltas eran obra de sus hermanos. Recien casado de segundas nupcias con una princesa de la casa de Módena, la cual era la que estaba mas imbuida en las preocupaciones austriacas, tenia la ventaja, cómoda para su debilidad de ánimo, de hallar en el seno interior de su familia cabal conformidad con la tendencia de que él se dejaba arrastrar, y de ver asi á todos sus deudos, escepto él mismo, aprobando lo que iba á prevalecer. Esto bastaba á su reposo y su carácter.

De este modo, armando tropas siempre, hablando, exaltándose unos á otros durante meses, los príncipes y nobles que gobernaban el Austria, habían llegado á un estado de abierta hostilidad, y tenían precision absoluta de adoptar una resolucion. A mayor abundamiento, la repentina vuelta de Napoleón á París, el llamamiento hecho á los príncipes de la Confederacion del Rin, y los movimientos de tropas francesas hácia el Alto Palatinado y la Baviera, hacian pensar que tambien Francia se preparaba para la guerra con la cual habían creído sorprenderla. No hay duda que podian tener esplicaciones, y para hacerlo asi, se hubiera encontrado el medio en la oferta de garantía hecha en París por la diplomacia rusa y francesa; pero este género de desenlace estaba gastado, porque ya había servido despues de lo de Tilsit para salir de un mal paso por el mismo estilo, siendo difícil salir otra vez de semejante posicion por otro simulacro de reconciliacion. Era preciso, pues, adoptar el partido de la guerra, ó proceder inme-